

Kalman Silvert Award Lecture, Lima, Perú, 29 de abril de 2017

por MARYSA NAVARRO ARANGUREN, Charles and Elfriede Collis Emerita Professor of History,
Dartmouth College; Resident Scholar, David Rockefeller Center for Latin American Studies,
Harvard University | Marysa.Navarro@dartmouth.edu

En todas las oportunidades que he hablado en LASA lo he hecho en inglés. Siendo éste un día especial para mí, lo haré en castellano.

Creo que siempre he querido ser historiadora. Desde pequeña me gustaba tanto hurgar el pasado que tardé mucho tiempo en darme cuenta que solamente leía historia y si bien un día descubrí la literatura, tardé en ver que las novelas que más me gustaban eran las históricas. Es el día de hoy que una de mis novelas favoritas sigue siendo *El rojo y el negro*.

Pienso que me gustaba la historia desde pequeña porque en mi casa se hablaba mucho del pasado, de un pasado reciente, doloroso, que a veces provocaba cóleras, recuerdos dulces y también amargos y tristezas incontables. Aunque las discusiones de mis padres con sus amigos eran muchas e interminables, yo las oía porque vivíamos en un apartamento minúsculo. Grandes y chicos, éramos todos refugiados españoles, exiliados viviendo en Francia porque con la ayuda de Hitler y Mussolini, Franco había conseguido transformar su golpe de estado fracasado en una guerra civil que derrotó a la Segunda República.

Durante muchos años tuve la ilusión de poder estudiar Historia de España en mi país, pero Franco vivió una eternidad y no tuve la oportunidad de hacerlo en ninguno de los países a los que me llevó el exilio. Hice mis primeros estudios formales de Historia en el Uruguay, en el Instituto de Profesores Artigas de Montevideo y los terminé con un Master y un Doctorado en la Universidad de Columbia, en Nueva York. En ninguna de las dos instituciones pude hacer lo que quería y decidí entonces concentrarme en América Latina.

No me arrepiento. De otro modo no estaría aquí agradeciendo a los y las colegas de LASA la generosidad que han tenido de concederme el premio Kalman H. Silvert. No sé si merezco este honor, pero confieso que me han dado una gran alegría y antes de que puedan arrepentirse les digo que lo agradezco de todo corazón. Quisiera también dar las gracias a quien escribió el texto que acompaña el anuncio del Premio Kalman H. Silvert, pues es uno de mis primeros y muy queridos alumnos de Dartmouth College, el ahora muy “Distinguished Professor of History” de la Universidad de Pittsburgh, Reid Andrews.

El recibir el Premio Kalman H. Silvert tiene un significado muy especial para mí. Me conmueve profundamente porque Kal no fue solamente un académico con una obra excepcional, fundador de LASA y un ser generoso e incansable en su ayuda a las Ciencias Sociales Latinoamericanas, especialmente en los tiempos en que las universidades sufrieron los embates de las dictaduras. Fue un amigo personal muy querido. Tuve la fortuna de conocerlo cuando yo necesitaba ayuda. Encontré en él un interlocutor extraordinario, un guía paciente y generoso, un maestro ejemplar.

Lo conocí en una de sus estadias en Buenos Aires, cuando él trabajaba en la American Universities field staff. Yo estaba en la Argentina preparando mi tesis doctoral, una tesis que tenía solamente el apoyo formal de mi profesor, pero que yo, haciendo honor a mi origen vasco, me había empeñado en escribir. Quisiera explicar que en los años cincuenta y aún a principios de los sesenta no era fácil ser mujer en los programas de estudios graduados norteamericanos pues éramos unas intrusas —lo éramos cuando nos aceptaban pues en muchas instituciones las mujeres brillaban por su ausencia—. Mi profesor me preguntó en una ocasión



si estaba segura que yo debiera seguir trabajando en mi tesis en vez de ocuparme de mi esposo y de mi hija. Aquí me gustaría señalar que en el Uruguay no me había enfrentado a una situación como ésta. Tanto es así que el grupo con el cual ingresé al Instituto Artigas estaba compuesto, excepcionalmente, por seis mujeres y un hombre.

En Columbia, cuando llegó el momento de escribir la tesis, quise hacer un trabajo sobre la emigración de los refugiados españoles en la Argentina, pero mi profesor rechazó mi tema, por ser demasiado reciente. Le propuse entonces trabajar sobre el golpe militar de 1930, tema que aprobó milagrosamente, y me permitió estudiar el pensamiento de derecha en la Argentina, que era lo que me interesaba.

Una vez en Buenos Aires, cuando me debatía con el tema, un colega argentino me habló “de un americano muy piola” con el que me convenía hablar. Era Kal. Lo llamé y me convidó a su casa. Toqué el timbre y me abrió la puerta una mujer vestida con un pijama espectacular de seda roja que cubría su cuerpo encerrado en un *corset* de yeso hasta la cintura: era la incomparable Frida Silvert, socióloga de profesión, reponiéndose de una caída de caballo. Así empezó una amistad que solo terminó con la muerte de ambos.

En los meses que coincidimos en Buenos Aires se fortaleció nuestra amistad, a pesar que yo abusé de la generosidad de Kal y tuvimos todas las conversaciones que yo necesité sobre un tema que a él también le interesó.

Mis dificultades con mi profesor de Columbia no se terminaron cuando completé mi tesis en 1964. Durante la defensa, llegó un momento en que no le gustaron las respuestas que yo daba a sus preguntas y se puso un poco agresivo, pero tuvo que calmarse cuando intervino Albert O. Hirschman, un famoso economista que yo no conocía, apoyando mi posición. Tampoco conté con su ayuda para conseguir el tipo de trabajo que yo deseaba en los primeros cuatro años después que me gradué. Pero finalmente, y sin su ayuda, tuve suerte —entre otras razones, porque las universidades empezaban a sentir el impacto del movimiento feminista y se fueron abriendo tanto a las estudiantes como a las profesoras—. A partir de 1969, hasta las siete instituciones que pertenecían al Ivy League, se volvieron lentamente coeducacionales y poco a poco empezaron a contratar profesoras.

Cuando me presenté al puesto de Dartmouth, no me hizo falta recomendación de Columbia, pero a decir verdad, el momento no podía haber sido más propicio. El año anterior, el Departamento de Historia había rehusado darle un nombramiento a la historiadora Marilyn Young, cuyo esposo, Ernest P. Young, enseñaba en el Departamento de Historia. Los dos tenían doctorados de Harvard y el campo de Marilyn era el que necesitaba el departamento. Para cuando finalizó el curso, habían conseguido dos nombramientos en la Universidad de Michigan y allí se fueron. Su partida causó cierta conmoción en el departamento, la suficiente para invitarme a dar una charla y pedirme mi curriculum cuando su latinoamericanista decidió aceptar una oferta de la Universidad de Wisconsin. Peter Smith, había sido compañero mío en Columbia y su especialidad era la Argentina. Apoyó mi candidatura y también lo hizo Kal, que fue consultado

pues había trabajado en el Departamento de Ciencias Políticas de Dartmouth de 1962 a 1967.

Yo empecé a enseñar en Dartmouth en 1968. Era todavía una institución solamente de estudiantes varones (no se admitieron estudiantes mujeres hasta 1972). Ya había algunas profesoras dando clase pero eran esposas de profesores y tenían solamente contratos anuales. Yo fui la primera profesora contratada como los profesores, pero no del todo pues yo ya era Profesora Asociada. Dartmouth me ofreció un sueldo un poco más alto que el que tenía y un contrato de Profesora Asistente. Dartmouth era miembro de la Ivy League, yo tenía que criar a mi hija, acepté el puesto.

Enseñé en Dartmouth hasta 2009. Los primeros años fueron difíciles. Me costó dejar Nueva York y acostumbrarme a vivir en un pueblo. Aunque mi departamento me recibió con los brazos abiertos, pronto me cansé de aclarar que yo no era la Secretaria del Departamento, sino la nueva profesora de Historia de América Latina. Como otras universidades, Dartmouth estaba profundamente dividida por la agitación estudiantil tanto por los derechos civiles como por la Guerra de Vietnam y el problema de la coeducación. La resistencia al cambio en el sector estudiantil, importante pero no mayoritario, y sobretodo entre los egresados, era grande y económicamente poderosa. Acompañé las movilizaciones estudiantiles y me metí de lleno en las discusiones sobre coeducación. A pesar de las vacilaciones, las reservas y las dilaciones, Dartmouth terminó admitiendo estudiantes mujeres en iguales condiciones que los varones. Este fue el primer paso porque después hubo que convencer a los distintos departamentos que empezaran a contratar profesoras y esto tampoco fue fácil.

Cuando llegó la hora de mi primer sabático, decidí cambiar de rumbo y para iniciar mi compromiso académico con el feminismo empecé a trabajar en una biografía política de Evita. Luego Helen Safá y June Nash me invitaron a trabajar con ellas en el comité organizador de la primer Conferencia Internacional sobre Mujeres y Desarrollo que tuvo lugar en Wellesley College en 1976. Con Susan Bourque, Maruja Barrig y otras compañeras conseguimos recursos de la Fundación Ford para organizar varios seminarios y preparar cuatro volúmenes de textos feministas para América Latina. Además de seguir produciendo trabajos académicos, no abandoné la militancia feminista tanto en los Estados Unidos como en América Latina asistiendo a los encuentros feministas de Latinoamérica y el Caribe (hasta ahora todos menos uno) y trabajando en varias ONGs y en publicaciones feministas, algunas académicas y otras del movimiento.

Confieso que he tenido una buena vida, a pesar del hambre que pasamos durante la Segunda Guerra Mundial, que mi padre murió en el exilio sin poder volver a su Navarra querida, los varios gobiernos militares que he conocido de cerca y que las últimas elecciones en uno de los dos países en los que voto (Estados Unidos y España) me han dado escalofríos y han sacudido (pero no quebrantado) mi optimismo y mi idealismo. (Mi padre me enseñó que hay que vivir como si lo que una quiere fuera posible algún día, en consecuencia hay que apuntar alto y seguir luchando). De allí que haya sido, según decía mi madre, defensora de cuanta causa perdida se ha puesto delante mío. He sido testadura y apasionada por mi trabajo académico y desde que descubrí el feminismo, he sido y sigo siendo irremediamente militante del

movimiento: cuanto más vieja, más feminista.

Y la suerte me sigue sonriendo. El año en que me jubilé, me presenté a una beca en el David Rockefeller Center for Latin American Studies de Harvard. Cuando se terminó la beca, me invitaron a quedarme como Resident Scholar y allí estoy desde entonces, feliz, trabajando y viviendo cerca de mis nietos y mi hija que enseña Literatura y me dice las novelas tengo que leer.

Debo confesar que desde que me jubilé, echo de menos a mis compañeros y compañeras de Dartmouth y a mis estudiantes, con quienes me mantengo en contacto. Echo de menos también a las viejas compañeras de LASA, como Helen, June, Elsa, y otras más con las que sacudimos nuestra asociación para que nuestros queridos colegas nos hicieran lugar y pudiéramos sentarnos a discutir temas que nos interesaban, formar parte de comités con y sin ellos, y llegar a ser presidentas.

Si muriera, volviera a nacer y alguien me preguntara que quería ser, le diría, madre de mi hija, historiadora y militante feminista. Por eso, aunque jubilada sigo trabajando, como si alguien me obligara a hacerlo. La novedad es que finalmente he empezado a escribir la historia de mi familia durante la guerra y el exilio. No es fácil y a veces tengo que parar unos días porque me da mucha angustia. Me es difícil oír la voz de mi madre contestando las preguntas que le hice años atrás o hacer hablar a mi hermana, insistiendo en temas que remueven viejas heridas que no se han cicatrizado a pesar de los años. Cuando me duele demasiado, paso a un trabajo histórico que estoy haciendo con la historiadora mexicana Ana Lau Jaiven, sobre la Sexta Conferencia Internacional

Interamericana y la fundación de la CIM. Así el mundo vuelve a su quicio y yo vuelvo a hacer lo que siempre quiero hacer: Historia con Mayúscula. Muchas gracias. ■